

Reseña: “*Expulsions. Brutalité et complexité dans l’économie globale*” de Saskia Sassen

Eguzki Urteaga*

Saskia Sassen acaba de publicar su último libro titulado *Expulsions. Brutalité et complexité dans l’économie globale* (*Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*) (2016), en la editorial Gallimard en la cual publicó igualmente su anterior obra bajo el título *La globalisation. Une sociologie* (2009). Es preciso recordar que la autora es catedrática de sociología en la Universidad de Columbia y en la London School of Economics. Esta especialista de la globalización (Sassen, 1998), de las migraciones internacionales (Sassen, 1999) y de las grandes ciudades (Sassen, 1991), ha elaborado nuevos conceptos, tales como la noción de ciudades globales (*global cities*).

Nacida en los Países Bajos y educada sucesivamente en Argentina e Italia, realizó sus estudios universitarios de filosofía y ciencias políticas en la Universidad gala de Poitiers y posteriormente en la Universidad Notre-Dame del Estado de Indiana en Estados Unidos. Durante los años ochenta del pasado siglo, se especializó en sociología urbana en la Universidad de Chicago, centrándose especialmente en la problemática del declive de los Estados-nación (Sassen, 1996) y el auge de las ciudades globales organizadas en red.

Esta poliglota, autora de ocho libros y editora o coeditora de otras tres obras que han sido traducidos en más de veinte lenguas, es una científica internacionalmente reconocida, de lo que dan cuenta los numerosos premios obtenidos, entre los cuales figuran el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales; los galardones cosechados, como la Legión de Honor gala; los nombramientos de prestigio conseguidos, a la imagen de su elección a la Real Academia de las Ciencias de su país natal; o los títulos honoríficos obtenidos, entre las cuales podemos citar los Doctorados Honoris Causa de varias Universidades.

* Universidad del País Vasco, España. eguzki.urteaga@ehu.es

La presente obra se inscribe en la continuidad de sus investigaciones anteriores, aunque su objeto y problemática difieran, puesto que, en *Expulsions*, observa que "la economía política global se enfrenta a un problema fundamental: la aparición de una nueva lógica de expulsión" (Sassen, 2016: 11). De hecho, a lo largo de las últimas tres décadas, hemos asistido a un incremento notable del número de personas, empresas y localidades deportados de los centros económicos y sociales. La noción de expulsión subraya el hecho de que unas formas de conocimiento e inteligencia están generando largas cadenas de transacciones que pueden desembocar en expulsiones. Para ponerlos de manifiesto, Sassen se centra en las modalidades complejas y en los casos extremos, cuyo ejemplo típico, en lo referente a los países de la OCDE, es el desalojo de los trabajadores pobres y desempleados escasamente protegidos a nivel socio-sanitario (Sassen, 2016: 12).

Las diversas expulsiones pueden tener un impacto notable en el ordenamiento del mundo actual y especialmente en el de los países emergentes que conocen un crecimiento rápido. Diversos instrumentos permiten proceder a semejantes destierros, que van de las políticas básicas a las instituciones complejas pasando por los sistemas y las técnicas que requieren un conocimiento especializado y unas estructuras organizativas sofisticadas (Sassen, 2016: 12). "La complejidad creciente de los instrumentos financieros, producida por la creatividad de investigadores brillantes y la aplicación de modelos matemáticos avanzados" es buena prueba de ello (Sassen, 2016: 12). De hecho, las economías desarrolladas han creado un mundo en el cual la complejidad tiende a generar una "brutalidad primaria" (Sassen, 2016: 13).

En ese sentido, una pregunta atraviesa el libro: "¿El conjunto de casos estudiados (...), que surten sus efectos independientemente de las divisiones habituales de lo rural y de lo urbano, del Norte global y del Sur global, del Occidente y del Oriente, (...) son la manifestación aparente, la forma local de dinámicas sistémicas más profundas que articulan lo que aparece hoy en día como desconectado?" (Sassen, 2016: 17). En su respuesta afirmativa, que exige una nueva conceptualización, la autora recurre a la noción de tendencia subterránea que designa unas tendencias difícilmente perceptibles (Sassen, 2016: 17). De ese modo, cuestiona las categorías habitualmente utilizadas por los científicos para ordenar el conocimiento de las economías y sociedades así como su relación con la biósfera (Sassen, 2016: 18). En otros términos, critica la especialización excesiva de la investigación así como su propensión a limitarse a una sola disciplina, sabiendo que cada una de ellas dispone de sus propias reglas y métodos e intenta proteger sus fronteras.

En ese sentido, nos dice la socióloga holandesa-estadounidense, uno de los principales objetivos de este libro es permanecer lo más cerca posible de la realidad empírica a fin de proceder a descubrimientos ajenos a las categorías analíticas habituales de la geopolítica, la economía y la cultura (Sassen, 2016: 24). Esto significa que las ciencias sociales actuales se enfrentan a un problema de interpretación, dado que los instrumentos utilizados habitualmente para analizar las transformaciones que afectan las sociedades contemporáneas son obsoletas (Sassen, 2016: 20). De hecho, se produce un doble desplazamiento. Por una parte, un desplazamiento relacionado con el desarrollo de las zonas de crecimiento

del mundo hacia las regiones extremas para las operaciones económicas clave. Y, por otra parte, el desplazamiento vinculado a la ascendencia creciente tomada por la finanza y la red de ciudades globales (Sassen, 2016: 22).

Más detalladamente, en el primero de los cuatro capítulos que componen *Expulsions*, que se titula "Economías declinantes, expulsiones crecientes", la autora defiende la idea según la cual el mundo ha entrado en una nueva fase del capitalismo avanzado a partir de los años ochenta del pasado siglo, "un capitalismo cuyos mecanismos de acumulación primitiva han sido reinventados" (Sassen, 2016: 25). Esto significa que el capitalismo actual funciona gracias a operaciones complejas e innovaciones sumamente especializadas donde las empresas recurren masivamente a la subcontratación y el sector financiero abusa de algoritmos. De ese modo, la finanza juega un rol de catalizador esencial, que tiende hacia una concentración extrema del poder y de la riqueza, y que desemboca en la constitución de élites cuya formación es depredadora (Sassen, 2016: 26).

Sassen observa un incremento considerable de los beneficios y activos de las empresas a lo largo de la última década que va acompañado del incremento de los déficits y de las deudas públicas de los Estados, como consecuencia de la evasión fiscal que resulta, a su vez, del desarrollo de instrumentos contables, financieros y legales muy complejos (Sassen, 2016: 38); de la aprobación de reglamentaciones insuficientes en materia de transparencia; y de la adopción de presupuestos inadecuadas para hacer respetar la legislación fiscal (Sassen, 2016: 40). Esto va de la mano de un incremento de las desigualdades que resultan, por una parte, de la ascendencia y transformación creciente de la finanza a través de la titularización, de la globalización económica y del auge de las tecnologías de información y de la comunicación (TIC), y, por otra parte, de la parte preponderante asumida por los servicios en la organización de la economía. Estas tendencias han aparecido en los años ochenta, se han reforzado en la década siguiente, y han alcanzado su nivel máximo en el tercer milenio (Sassen, 2016: 47).

Cada uno de los ámbitos analizados por la socióloga de origen holandesa es específico y funciona en el seno de un ensamblaje particular de las instituciones, leyes, objetivos y obstáculos. "A medida que las situaciones se intensifican, contribuyen a la implantación de la [nueva] era que apenas comienza, la que se caracteriza por las expulsiones" (Sassen, 2016: 47). Así, se produce un aumento de las desigualdades en las últimas tres décadas. "Si los Estados Unidos permiten visualizar qué grado de desigualdad puede alcanzarse en el seno de un país, Grecia, España y Portugal pueden hacernos ver con qué rapidez una economía entera puede declinar" (Sassen, 2016: 55). Sassen estima que los países del Sur de Europa constituyen casos extremos de tendencias que afectan al conjunto de la Unión Europea (Sassen, 2016: 59). Estas situaciones resultan de las políticas de austeridad implementadas por varios países que priorizan el reembolso de la deuda, la disminución del empleo público, las restricción de los programas sociales y el incremento de la presión fiscal, lo que se repercute negativamente en el tejido socioeconómico (Sassen, 2016: 63).

De la misma forma, conduce a un aumento considerable de los desahucios, sabiendo que "una de las formas más brutales de la expulsión es la evicción de las personas de sus propios domicilios por no pagar sus préstamos inmobiliarios" (Sassen, 2016: 72). Es una tendencia especialmente devastadora en Europa porque las personas expulsadas siguen siendo responsables de la totalidad de los préstamos suscritos, incluso después de perder la propiedad de su bien inmobiliario. Esa incapacidad para enfrentarse al pago de sus hipotecas revela un empobrecimiento de la población, independientemente del nivel de crecimiento económico. Así, en la Unión Europea, el 24,2% de la población se enfrenta al riesgo de pobreza, sufre privaciones materiales, padece un nivel de actividad profesional insuficiente y, en los casos extremos, se ve obligada a albergarse en centros de acogida (Sassen, 2016: 75).

Esto se acompaña de la aparición de nuevos modelos de movilidad geográfica, especialmente entre la población inmigrante (Sassen, 2016: 69). De hecho, la toma en consideración de los desplazamientos de población en los países en vía de desarrollo permite contemplar, desde una perspectiva global, la expulsión masiva de poblaciones enteras de estos países. Así, en 2011, 42,5 millones de personas fueron desplazadas en todo el planeta, de las cuales 15,2 millones fueron refugiados, 26,4 millones se desplazaron en su propio país en razón de una guerra o un conflicto, y menos de 1 millón solicitó el asilo (Sassen, 2016: 79-80). A ese propósito, es de reseñar que los países del Sur acogen el 80% de estos desplazados, de modo que estas poblaciones tengan un impacto económico relevante en los países mencionados (Sassen, 2016: 86). A las guerras, los conflictos políticos y la pobreza, se añaden los efectos del deterioro del medio ambiente, empezando por el calentamiento climático.

Un último factor de expulsión consiste en el incremento rápido de las encarcelaciones. Se está convirtiendo en una forma brutal de expulsión de la mano de obra excedentaria en los países del Norte y especialmente en Estados Unidos. En este sentido, "la encarcelación masiva está intrínsecamente vinculada al capitalismo avanzado, incluso si ese vínculo se produce a través del crimen" (Sassen, 2016: 89). Estados Unidos representa un caso extremo dado que el 1% de su población está encarcelada. Si se añaden las personas en libertad condicional, la cifra supera los 7 millones de ciudadanos, y, si se computa el conjunto de las personas que han sido detenidas o condenadas, esa proporción alcanza el cuarto de la población norteamericana (Sassen, 2016: 91-92). Esto ha propiciado la proliferación de cárceles y de servicios asociados que constituyen un sector de gran magnitud, a menudo de carácter privado o público-privado (Sassen, 2016: 95).

En el segundo capítulo de su libro, titulado "El nuevo mercado global de las tierras", la socióloga afincada en Estados Unidos observa que se ha producido una "transformación extremadamente radical del nivel total y de la extensión geográfica de la adquisición de tierras en el extranjero" (Sassen, 2016: 111). Esta transformación constituye una ruptura y revela una evolución sistémica más amplia. Dos factores explican el aumento de estas adquisiciones: 1) la demanda creciente de culturas industriales y básicas; y 2) la demanda que va en aumento de tierras asociadas al fuerte auge de los precios de los productos alimenticios

durante los años 2000, de modo que la tierra se convierta en una inversión rentable (Sassen, 2016: 112). La adquisición de tierras en el extranjero requiere un mercado global de las tierras e implica el desarrollo de una infraestructura de servicios especializados que facilite las ventas y adquisiciones; la seguridad de los derechos de propiedad y de alquiler; el desarrollo de instrumentos jurídicos apropiados; y la aprobación de nuevas legislaciones que propicien semejantes compras en un país determinado (Sassen, 2016: 112).

Más allá, las adquisiciones a gran escala de tierras en el extranjero resultan de los programas de restructuración implementados en los países del Sur durante los años ochenta del pasado siglo bajo el impulso del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial (Sassen, 2016: 116). A lo que se añaden las exigencias de la Organización Mundial del Comercio en los años noventa y la primera década del nuevo milenio para levantar los obstáculos de cara a instaurar un libre comercio. De hecho, los organismos internacionales han impuesto regímenes disciplinarios cuya finalidad era reducir el perímetro de intervención de los Estados y propiciar la generalización del capitalismo avanzado (Sassen, 2016: 119). Estos programas han facilitado la adquisición de tierras extranjeras por gobiernos y empresas de los países desarrollados gracias a las dificultades financieras de los gobiernos locales que han autorizado dichas compras. Han contribuido igualmente a la disminución drástica de las clases medias, al empobrecimiento de buena parte de la población y a la devastación completa de sectores económicos tradicionales (Sassen, 2016: 125).

Si el aumento notable de la demanda de alimentos y de sus precios durante los años 2000 ha contribuido a la adquisición de tierras extranjeras, a partir del año 2006, las plantaciones para el biofuel están en el origen de la mayoría de las compras, en la medida en que el biofuel origina el 37% de las adquisiciones, mientras que las culturas alimentarias solo representan el 25% de las transacciones (Sassen, 2016: 132). Además, es de reseñar la concentración masiva de las adquisiciones en África y su regionalización creciente según una lógica geopolítica (Sassen, 2016: 135-136). Esta predilección de los inversores por las tierras extranjeras a gran escala, especialmente en África subsahariana, se ha traducido por un declive de la inversión extranjera directa en la producción industrial de masas que genera empleos de calidad y propicia la creación de una clase media en los países concernidos (Sassen, 2016: 141).

Sassen identifica tres tipos de inversores extranjeros: 1) los Estados ricos en petróleo como Arabia Saudita o Catar; 2) los países poblados y ricos en capital como China; 3) Europa y Estados Unidos; y 4) las empresas privadas del mundo entero. Simultáneamente, seis países africanos son aquellos que más tierras han vendido a los inversores privados y a las agencias gubernamentales: Etiopía, Madagascar, Sudan, Tanzania, Mali y Mozambique (Sassen, 2016: 147-148). Y, si 47 países diferentes invierten en estos seis países, Estados Unidos, Reino Unido y Arabia Saudita representan el 25% de todas las inversiones realizadas. Estas adquisiciones masivas alteran sobremanera las economías locales de estos países, reduce la autoridad soberana de los gobiernos nacionales y los contratos firmados van en contra de los intereses de la mayoría de las poblaciones, lo que conduce a la expulsión de las personas, a la destrucción de las economías tradicionales y al deterioro notable de la biósfera.

Lo que lleva la autora al tercer capítulo de su obra, titulado "La finanza y sus capacidades: la crisis como lógica sistémica", donde constata que las construcciones financieras cada vez más complejas y opacas, que han propiciado la multiplicación de productos derivados, dominan la economía y traducen una financiarización extrema de la misma (Sassen, 2016: 159). Actualmente, el valor total de los productos derivados gira en torno a 600.000 millones de dólares, el decir diez veces el valor del PIB global (Sassen, 2016: 160). La extensión de la finanza a numerosos ámbitos resulta de la propensión de la finanza a titrizar prácticamente todos los sectores y, de ese modo, a someter las economías y los gobiernos a sus criterios (Sassen, 2016: 160-161).

Como lo explica Sassen, "la titularización implica la [inserción] de un inmueble, un bien o una deuda en un circuito financiero donde se convierte en móvil, [y] puede ser comprado y vendido indefinidamente en unos mercados próximos o lejanos" (Sassen, 2016: 161). Una vez que un bien es titrizado, la ingeniería financiera puede elaborar largas cadenas de instrumentos cada vez más especulativos (Sassen, 2016: 161). En ese sentido, la labor principal del sector financiero consiste en inventar y desarrollar instrumentos complejos, y, a menudo, la diversidad de las operaciones esconde la tendencia a financiarizar las deudas y los activos de los Estados, las empresas y los hogares (Sassen, 2016: 162).

Así, la titularización de los préstamos hipotecarios para la residencia principal se desarrolla a partir de los años ochenta y fomenta el crecimiento económico gracias a la venta de productos altamente especulativos. De hecho, la titularización de los préstamos inmobiliarios transforma lo que aparece como un préstamo hipotecario tradicional en un instrumento de inversión que se vende y se compra en los mercados financieros (Sassen, 2016: 166). Dos aspectos caracterizan ese fenómeno: por una parte, la extensión de estos préstamos hipotecarios como puros instrumentos financieros; y, por otra parte, dado que estos productos han sido divididos, descompuestos y repartidos en diferentes conjuntos de inversiones, se dificulta la asociación de ese producto a un bien inmobiliario determinado.

Dado que la fuente de beneficio para el prestamista no es el pago del préstamo sino la venta del paquete financiero que engloba a cientos o miles de fracciones de estos préstamos, las entidades bancarias intentan multiplicar el número de hipotecas vendidas, independientemente de la solvencia de sus clientes. Esto permite a los prestamistas sacar provecho del amplio mercado potencial representado por los hogares modestos (Sassen, 2016: 159). En un mundo financiero dominado por el capital especulativo, la rapidez y el volumen prevalecen, aunque las consecuencias sean nefastas para millones de hogares modestos. Como lo subraya Sassen, "el instrumento del préstamo hipotecario a alto riesgo desarrollado a lo largo de estos últimos años, es un ejemplo de la manera según la cual las instituciones financieras pueden obtener unos incrementos notables del valor financiero sin jamás tomar en consideración las consecuencias sociales negativas (...). Esa falta de consideración es perfectamente legal, a pesar de sus efectos perniciosos" para los ciudadanos y la economía nacional (Sassen, 2016: 175).

Ese sobredimensionamiento de la finanza es especialmente manifiesto en Estados Unidos donde, en 2006, el valor de los activos financieros representaba el 450% del valor del PIB estadounidense (Sassen, 2016: 183). Más globalmente, "el número de países en los cuales los activos financieros exceden el valor del PIB nacional se ha duplicado, pasando de 33 en 1990 a 72 en 2006" (Sassen, 2016: 183-184). Esta financiarización de la economía da cuenta, a la vez, de la preponderancia de la lógica financiera y del agotamiento del potencial de crecimiento de la economía real, de modo que la finanza invada otros sectores económicos para continuar creciendo (Sassen, 2016: 184). Esto ha provocado un incremento global de los activos financieros, de forma que las crisis del sector financiero afecten sobremedida los sectores económicos financiarizados, sea cual sea el sector concernido.

Es un dato reseñable dado que, "desde los años ochenta, se han producido varias crisis financieras. Algunas son bien conocidas, como el descalabro de la Bolsa de Nueva York en 1987 o la derrumbe bursátil de 1997 en Asia, [mientras que] otras han pasado desapercibidas, como las crisis financieras que se han producido en más de 70 países durante los años ochenta y noventa" (Sassen, 2016: 186-187). Pero, la crisis más relevante es, sin duda, la que empieza en septiembre de 2008. Se trata de una crisis múltiple, dado que asocia una crisis de los préstamos inmobiliarios a alto riesgo, con una crisis de confianza resultante de la alarma provocada entre los inversores tras la multiplicación de los desahucios. La globalización del sector financiero propició una extensión rápida de la crisis al conjunto del planeta y el sobredimensionamiento del sector financiero no tardó en repercutirse en la economía real. Ante esta situación, la regulación insuficiente asociada a una legislación inadecuada, así como la inoperancia de los organismos económicos internacionales y de los Estados, no permitió detener esa crisis.

En la cuarta y última parte del libro, titulada "Tierra muerta, agua muerta", la socióloga holandesa observa que el rápido incremento de las adquisiciones de tierras por empresas y gobiernos extranjeros es uno de los factores explicativos del deterioro medioambiental (Sassen, 2016: 201). Estos deterioros de la calidad de la tierra, del agua y del aire, caracterizados por su magnitud y rapidez, han afectado especialmente a países del Sur y a comunidades pobres, provocando el desplazamiento de 800 millones de individuos en todo el mundo (Sassen, 2016: 202). Por ejemplo, "la erosión, la desertificación y la sobreexplotación por causa de monocultivos, tales como las plantaciones, son las causas fundamentales de la destrucción de la tierra por la agricultura" (Sassen, 2016: 203). A su vez, el calentamiento climático ha provocado oleadas de calor que han afectado a numerosas zonas agrícolas a través del planeta, hasta el punto de que alrededor del 40% de las tierras agrícolas mundiales sufran una seria depreciación (Sassen, 2016: 205).

Del mismo modo, las explotaciones mineras y la industria son responsables del deterioro progresivo de numerosas tierras y su capacidad de perjuicio es notable en la medida en que "es especialmente difícil para las tierras [contaminadas] recuperar su fertilidad después del tipo de depreciación al que les han sometido las minas y las industrias" (Sassen, 2016: 209). De hecho, la mayoría de los residuos industriales producidos por los países de la OCDE en

2001 sigue siendo contaminante diez años después. Asimismo, el plomo, que constituye un material industrial de uso corriente, es extremadamente tóxico ya que puede afectar a varios órganos y acumularse en los huesos durante décadas. En 2011, cerca de 18 millones de personas en el mundo han sido expuestos a esta sustancia a niveles nocivos para la salud. Sucede lo mismo con el cromo que está presente en numerosos procesos industriales y es altamente tóxico para las personas, provocando graves enfermedades. Se considera que aproximadamente 1,8 millones de personas en el mundo están amenazadas por altos niveles de cromo en su entorno (Sassen, 2016: 228).

Estos ejemplos, entre los numerosos casos analizados por Sassen, ponen de manifiesto la recurrencia de las modalidades destructivas del medio ambiente, independientemente de la economía y geografía política en las que se producen (Sassen, 2016: 278). "Existe una profunda disyunción entre esta situación planetaria y sus recursos, por un lado, y la lógica dominante que [orienta] las respuestas gubernamentales y la parte fundamental de las políticas, por otra parte" (Sassen, 2016: 278). Se trata de dinámicas profundas e invisibles que operan en numerosos países y regiones, obedeciendo a una lógica sistémica aunque sus manifestaciones sean locales.

En la conclusión del libro, la socióloga residente en Estados Unidos subraya que el objetivo de este estudio ha sido "llegar al límite sistémico, [sabiendo que] la dinámica esencial de ese límite es la expulsión fuera de los diversos sistemas en juego (económico, social, ecológico). Ese límite es fundamentalmente diferente de la frontera geográfica en un sistema interestatal" (Sassen, 2016: 281). Cada ámbito dispone de su propio límite sistémico que es el lugar donde las condiciones generales toman formas extremas, precisamente porque es donde se producen las expulsiones (Sassen, 2016: 281-282). Además, nos dice el autor, "el carácter extremo de las situaciones límites visibiliza unas tendencias más amplias, que son menos extremas y, por lo tanto, menos perceptibles" (Sassen, 2016: 282). Estas tendencias son subterráneas desde un punto de vista conceptual.

Sassen estima que, más allá de la diversidad de las situaciones, estas tendencias que van del fortalecimiento de la empresa global al debilitamiento de la democracia local, están moldeadas por una dinámica básica caracterizada por la búsqueda del beneficio sin límites y por una indiferencia hacia el medio ambiente. Estas dinámicas atraviesan las formas antiguas de diferenciación y desembocan en expulsiones por distintos medios. En otros términos, la autora considera que, "el movimiento que va del keynesianismo a la era global de las privatizaciones, la desregulación y la apertura de las fronteras, ha supuesto el paso de una dinámica que integra a los individuos a una dinámica que los excluye" (Sassen, 2016: 281).

Al término de la lectura de esta obra novedosa y sumamente actual, es preciso subrayar el esfuerzo consentido por Sassen para abordar un tema de gran relevancia como son las expulsiones en sus diferentes modalidades, partiendo de casos empíricos e intentado proponer una concepción alejada de los marcos analíticos habituales. Lo hace multiplicando los ejemplos que, además de ilustrar su argumentación, confieren una solidez científica a su razonamiento. A ese respecto, el capítulo dedicado a la finanza merece una mención

especial por su coherencia, precisión y pertinencia. Asimismo, a lo largo de su libro, muy bien documentado por cierto, la autora privilegia una exposición didáctica, presentando en el inicio de cada sección los temas abordados en el mismo y recurriendo a tablas y gráficos que ayudan al lector a seguir su planteamiento; todo ello escrito en un estilo fluido que es de agradable lectura y ajena a cualquier jerga.

No en vano, y de cara a matizar la valoración positiva que merece este libro, se echa en falta una mayor sistematización de su elaboración teórica que gira en torno a las nociones de ciudades globales, tendencias subterráneas o límites sistémicos. De la misma forma, la multiplicación de ejemplos, especialmente en el cuarto capítulo dedicado a la tierra y al agua, si bien permite ilustrar sus tesis, se convierte a veces en repetitiva. A nivel formal, existen ciertas generalidades, sobre todo en la introducción, que generan a veces una sensación de imprecisión.

En cualquier caso, la lectura del último libro de una de las principales figuras de la sociología urbana y una de las sociólogas más novedosas y debatidas del panorama intelectual contemporáneo, se antoja ineludible.

Referencias bibliográficas

- Sassen, S. (1991): *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.
- Sassen, S. (1996): *Losing control? Sovereignty in An Age of Globalization*. New York: Columbia University Press.
- Sassen, S. (1998): *Globalization and its discontents. Essays on the New Mobility of People and Money*. New York: New Press,
- Sassen, S. (1999): *Guests and aliens*. New York: New Press.
- Sassen, S. (2009): *La globalisation. Une sociologie*. Paris: Gallimard.
- Sassen, S. (2016): *Expulsions. Brutalité et complexité dans l'économie globale*. Paris: Gallimard.

